



LA RONDA

Escuela Waldorf Gabriela Mistral

En estos días en que la luz y el calor, y el exuberante florecer de la primavera nos envuelve; en que el alma no puede sino sentir la naturaleza llena de vida que atrapa todos los sentidos, queremos invitarlos a través del contenido de este 2º boletín, a crear también en el alma un espacio que permita llevar esa luz, ese calor y ese florecer a nuestros corazones para que con renovadas fuerzas, el nacimiento del Niño Jesús, deposite en cada uno de nosotros la substancia que une a la Humanidad:
el AMOR.

Facultad de profesores.



Navidad y el árbol de Navidad R.Körte

Quien pasea hoy en día por las calles en época navideña cuando abundan los arbolitos de Navidad decorando vidrieras, ilustrando afiches, iluminando jardines nocturnos, podría pensar que el árbol de Navidad es una costumbre de antaño. ¿Es esto realmente así? ¿Y qué nos quiere decir esta imagen tan conocida; qué representa?.

Precisamente frente al árbol navideño podemos apreciar cómo han ido cambiando la tradición y las costumbres de la humanidad en el transcurso de los siglos. El arbolito que hoy día no falta en casi ningún hogar tiene apenas más de 200 años. En el siglo XVIII hubiera sido muy difícil ver algún árbol de Navidad, como tampoco había en ese entonces canción o poesía dedicada a él. El primer árbol del que se tiene noticia que haya iluminado la Nochebuena en un hogar, se localiza en Estrasburgo, región de Alsacia, en el año 1642. A mediados del siglo XVIII aparece en algunos lugares del centro de Alemania y recién hacia el 1800 es una figura frecuente, un nuevo símbolo de algo que había estado viviendo y tomando nueva forma en las almas humanas.

Pensemos que aquello que nosotros conocemos como la Navidad cristiana fue surgiendo posteriormente al nacimiento del Cristianismo. Los primeros cristianos no festejaban el nacimiento de Jesús; ellos se reunían en las catacumbas de los alrededores de Roma, cultivando y compartiendo allí sus vivencias recientes de los misterios sucedidos alrededor del Gólgota, es decir la muerte y la resurrección de Cristo.

Las representaciones que se encuentran en las catacumbas, como el símbolo del pez, se refieren a la resurrección y a la cruz como símbolo de la misma. Se festejaba el 6 de enero como aniversario del Bautismo en el Jordán, momento cúlmine en la vida de Jesucristo.

Recién en el cuarto siglo de nuestra era cristiana surgió como fecha del nacimiento del Redentor el 25 de diciembre: la primera Navidad cristiana fue festejada en Roma en el año 354. Fue elegida esta fecha pues era el momento del solsticio de invierno, que ya se venía festejando hace siglos, no solo por los romanos, sino también por los antiguos celtas, los pueblos germanos, algo distinto por los antiguos egipcios y otros. Era el momento en que el sol había llegado a su posición mas baja, había perdido su calor y su vitalidad; la tierra yacía inerte y fría, y toda vida dependía de que volviera el calor solar, la fuerza vital. Los hombres acompañaban con sus quehaceres el ciclo del año; sus vidas estaban inmersas en los procesos de la naturaleza y dependían de ellos. Así también percibían los cambios exteriores como cambios en su interior: cuanto más se desvanecía la fuerza solar alrededor de ellos, tanto mas surgía la fuerza espiritual en su propio interior. En el momento de mas oscuridad ansiaban buscar la luz en lo más profundo, en lo más íntimo de sus corazones: aquella luz espiritual, aquel germen de nueva vida - la luz del ser solar, de Cristo.

No debemos pensar que recién con el nacimiento de Jesucristo se sabía de la presencia de Cristo. En todos los tiempos, los grandes iniciados habían sabido de aquel ser solar, de aquel espíritu divino que hacía su camino desde las vastedades del cosmos, y que algún día iba a llegar a la tierra. En todas las sabias religiones, esta fiesta significaba el triunfo de la luz sobre la oscuridad, significaba la firme esperanza, la confianza en que la luz triunfaría finalmente sobre la oscuridad. Los iniciados conocían a aquel ser solar que se acercaba y que venía para unirse a la tierra.

Y luego sucedió el nacimiento en Belén, y aquel ser esperado, el Mesías, tomó morada en un cuerpo humano, se unió a la tierra. Los Reyes Magos, sabios en la lectura del cosmos, comprendieron que la estrella de Belén les indicaba el camino hacia ese ser nacido en la tierra, y con sus "regalos" llegaron al pesebre. Y los pastores, con sus almas abiertas, fueron llevados por los Angeles a encontrar aquello que los llenara de amor.

Ha sido siempre y sigue siendo un hecho y un misterio inabarcable para la comprensión humana el hecho y la revelación de Cristo. ¿Cómo llegar a entender que, enviado desde las alturas, aquel ser cósmico haya llegado a ser humano niño en la tierra? ¿Cómo comprender aquellas palabras que resuenan desde hace casi 2.000 años hasta hoy?: “Y he aquí, Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del tiempo terrenal.” (Mat.28,20).

Ya era una vieja costumbre en los diferentes países de Europa central buscar y almacenar en los hogares antes de la fiesta de Navidad ramas y arbustos, retoños de árboles, que eran llevados a brotar o a germinar para la Nochebuena. Y si esto se lograba en medio de la oscuridad invernal, ocurría algo parecido en las almas anhelantes de luz: se reflejaba en ellas la victoriosa fuerza de la luz y de la vida - de aquella vida que triunfará sobre la oscuridad, es decir más allá de la muerte.

Un gran místico y predicador alemán del siglo XIV, Johannes Tauler, dejó profundas impresiones en los cristianos de aquellos tiempos con sus prédicas. Decía que Dios nace tres veces para la humanidad: primero, ha nacido del Padre, del Ser supremo, luego nace sobre la tierra en envolturas humanas , y finalmente, nacerá en cada alma humana que busque en sí misma la posibilidad de unirse con la sabiduría superior y que haga renacer en sí el Yo espiritual. Aquellas palabras de profunda sabiduría habrán dejado sus huellas en las almas, y habrán madurado a través de los siglos. Así habrá surgido también aquella imagen del nacimiento de la luz: la imagen del árbol de Navidad, del árbol de la vida, siempre verde, iluminando con la luz y el calor de sus velas la oscuridad del alma. Aquella imagen nos acerca la luz de la sabiduría y el calor del amor.

La realidad del nacimiento del Yo espiritual en las almas humanas es el tercer nacimiento de Cristo en nosotros - es reconocer que Cristo realmente está con nosotros todos los días y nos llena de espíritu, nos llena con sabiduría y con amor.

Es cuestión hoy en día de que lo espiritual, lo cristiano, tome nueva vida en nosotros. También se hace necesario mirar un poco más allá de lo material y de los adelantos científicos, y buscar el sentido de los antiguos símbolos. ¿Pero cómo llegar a realizar esto en nuestra época, donde el hombre se ha apartado considerablemente de la naturaleza, de Cristo, donde el hombre ha hecho avances increíbles en el mundo de la técnica y ha cambiado sustancialmente su forma de vida? Hoy en día se nos hace mucho más difícil que en tiempos pasados sentir y entender qué es “lo espiritual”.

Debemos tomar conciencia de un “camino” hacia nuestro interior, nuestro verdadero Yo, y de un “camino” hacia lo exterior, hacia el mundo que nos rodea - la búsqueda de lo espiritual, lo verdadero, dentro y fuera de nosotros. En la conjunción de estos dos caminos podemos llegar a percibir que nuestro microcosmos (mundo interior) tiene su origen en las fuerzas del macrocosmos (mundo exterior) y que sigue íntimamente relacionado con él. Recorrer estos caminos, buscar las leyes espirituales que subyacen a estos mundos, es el sentido de nuestro destino como individuos.

Los Reyes Magos son una preciosa imagen que nos muestra el camino desde la sabiduría cósmica que llega a ver que Cristo realmente se acercó a la tierra hasta hacerse hombre. Y los pastores, abiertos con las fuerzas del corazón, nos muestran el camino hacia afuera, llevados de la mano de las fuerzas espirituales. Ambos caminos hoy sólo pueden ser recorridos desde la claridad de la conciencia y con la voluntad puesta en la tarea. El eje central es Cristo, la fuerza del amor, y también es Cristo la periferia.

El árbol de Navidad surge en Europa central en el solsticio de invierno como imagen de la luz y de la vida en la oscuridad. ¿Qué lugar le damos nosotros hoy?

En nuestras latitudes, festejamos la Natividad en pleno verano.

Sentimos cómo el sol nos rodea, cómo impregna todo lo que es vida, cómo ello se refleja en la naturaleza vigorosa y resplandeciente. ¿qué nos dice, en la luminosidad existente aquí, el árbol de Navidad y la luz de las velas? Convengamos en que es un símbolo de su lugar de origen.

Bajo los aspectos ya mencionados, se podrá rever individualmente el sentido de este símbolo en nuestro medio. Aquí, el sol es el reflejo del ser solar en el cosmos. Nos puede impulsar esa luz a abrir nuestras almas a este ser solar, así como vemos a las flores -a la naturaleza entera- abrir sus pétalos y dirigir su cáliz hacia esa luz. Llenémosnos con ese calor solar y esa luminosidad.

En la medida en que logremos iluminar nuestro interior, nuestras almas, lograremos trascender la oscuridad del caos y de la discordia y llegar al amor - lograremos aquel tercer nacimiento de Cristo en nosotros.

En los días de fiesta podemos sentir que, por sobre toda la lucha y por sobre todo el caos, existe la paz y la armonía - la paz y la armonía de la concordancia entre el interior y el exterior. La Navidad, así entendida, es para toda la tierra la fiesta del nacimiento y de la consagración de aquello que une a todos los hombres, de aquello que puede comprender, sentir y querer el ser humano.

Gloria a Dios en las alturas, revelación de la sabiduría espiritual, de la armonía cósmica - y paz a los hombres de buena voluntad, a las almas que buscan en sí esa voluntad, ese sol, esa luz.

Bibliografía:

Rudolf Steiner: "Signos y símbolos de la fiesta de Navidad"

- Tres conferencias, Berlín, 19.12.1904, 14.12.1905, 17.12.1906.

Rudolf Steiner : "El árbol de Navidad - un símbolo", Berlín, 21.12.1909.

Rudolf Steiner : "La fiesta navideña de la renovada comprensión de Cristo", Dornach, 26.12.1914.

Romance del establo de Belén

Gabriela Mistral

Al llegar la medianoche
y romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo...
y se fueron acercando
y alargaron hasta el Niño
sus cien cuellos, anhelantes
como un bosque sacudido.

Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos,
como llenos de rocío...

Una oveja lo frotaba
contra su vellón suavísimo,
y las manos le lamían,
en cuclillas, dos cabritos...

Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes y de ocas
y de gallos y de mirlos.

Los faisanes descendieron
y pasaban sobre el niño
su ancha cola de colores;
y las ocas de anchos picos
arreglábanle las pajas;

y el enjambre de los mirlos
era un vuelo palpitante
sobre del recién nacido...

Y la Virgen entre el bosque
de los cuernos, sin sentido,
agitada iba y venía
sin poder tomar al Niño.

Y José sonriendo iba
acercándose en su auxilio...
¡Y era como un bosque todo
el establo conmovido!



La noche santa Selma Lagerlöf

Tenía apenas cinco años de edad cuando experimenté una gran pena. No sé si desde entonces habré tenido otra mayor. La causa fue el triste fallecimiento de mi abuela. Hasta entonces, la bondadosa señora estuvo sentada siempre en un rincón de la habitación contando cuentos. Recuerdo siempre que mi abuela estaba instalada allí de la mañana a la noche narrando historias, y que nosotros, sentados en torno suyo, escuchábamos silenciosos sus narraciones.

¡Magnífica vida! No había niños que lo pasaran mejor que nosotros.

De la bondadosa anciana solo puedo recordar que tenía una hermosa cabellera blanca como un gran copo de algodón, que caminaba muy encorvada y que sus manos siempre se ocupaban de coser y remendar.

También recuerdo que siempre que terminaba de contarme algún cuento, me colocaba una mano sobre la cabeza, diciendo:

«Y todo esto es tan cierto como yo te veo a ti y tú me ves a mí».

Recuerdo, además, que sabía cantar bellas canciones; mas esto no solía hacerlo todos los días.

Una de estas canciones se refería a un caballero y a una sirena y tenía un estribillo que decía algo así como:

¡Oh, cuán glacial y cuán violento!
Sopla en el lago inmenso el viento...



Igualmente acuden a mi memoria una oración cortita y unos salmos en verso que ella nos enseñó. De tales cuentos e historias solo conservo un recuerdo débil y vago, si bien de una de ellas me acuerdo tan claramente que podría narrarla sin la menor dificultad.

Se trata de una breve leyenda sobre el nacimiento de Jesús.

Era un día de Navidad. Todos salieron para ir a la iglesia, con excepción de la abuelita y yo que nos quedamos solitas en casa. Nosotras no habíamos podido ir con los demás: una, por demasiado niña; la otra, por demasiado vieja. Como nos hallábamos solas y en el mayor silencio, la abuelita empezó una de sus narraciones:

«Érase una vez un hombre que salió de noche en busca de fuego. Iba de casa en casa y, llamando a las puertas, decía: "Buena gente, socorredme; mi mujer acaba de recibir un niño y no tengo fuego para calentar un poquito a la madre y al pequeñuelo".

»Pero era tan tarde y la noche tan oscura, que todos dormían y nadie respondía a sus llamadas.

»El hombre caminaba, caminaba... Por fin divisó a lo lejos el resplandor de una fogata. Allá se encaminó apresurando el paso, y vio que la hoguera brillaba en medio del campo. Una multitud de blancas ovejas dormía en torno al fuego y un viejo pastor guardaba el rebaño.

»Cuando el hombre que buscaba fuego llegó cerca de las ovejas, percibió tres enormes perrazos que dormían a los pies del pastor. A su llegada se despertaron los tres y abrieron sus tremendas fauces, como si quisieran ladrar; mas no se oyó ladrido alguno. El hombre vio cómo se les erizaba el pelo del lomo, cómo sus dientes agudos y blanquísimos relucían al resplandor de la hoguera, hasta que se abalanzaron sobre él.

Y vio cómo uno de ellos se le colgaba de la garganta, mordiéndole otro el pie y otro la mano, pero las quijadas y los colmillos de los perros quedaron paralizados y el hombre no sufrió el menor daño.

»Entonces el hombre quiso seguir avanzando en busca de lo que necesitaba. Pero las ovejas estaban tan apretadas, lomo contra lomo, que el hombre no podía dar un solo paso y no tuvo más remedio que pasar por encima de las ovejas dormidas para poder acercarse a la hoguera; ni un solo animal se despertó ni hizo el menor movimiento».

Hasta aquí pudo continuar su cuento la abuelita sin ser interrumpida, pero en este instante no pude menos que preguntarle:

—¿Y por qué no se movieron ni despertaron, abuelita?

—Pronto lo sabrás —me contestó.

Y siguió su narración:

«Cuando el hombre se hallaba ya casi junto a la hoguera, el pastor se despertó. Era éste un hombre malo, duro y sin entrañas. Cuando veía a algún extraño, empuñaba una vara larga y puntiaguda, que usaba cuando apacentaba el ganado, y se la arrojaba con violencia. Y también aquella vez la vara silbó en el aire con dirección al hombre; mas, antes que hubiera podido tocarle, se desvió y fue a caer lejos, en el campo».

De nuevo interrumpí a la abuelita:

—Abuelita, ¿por qué la vara del pastor no quiso herir al hombre? Pero la abuelita no se entretuvo en contestarme, y continuó:

«Entonces el hombre se acercó al pastor y le dijo: “Buen amigo, haz el favor de prestarme un poco de fuego; mi mujer acaba de recibir un niño y necesito fuego para calentarlos un poquito”.

»El pastor habría preferido negárselo, pero cuando pensó en que los perros no habían podido causarle mal alguno, que las ovejas no se habían asustado y que la vara no había podido herirlo, sintió cierto temor y no se atrevió a negar al forastero lo que le pedía. "Toma todo el que necesites", le contestó.

»Mas el fuego estaba casi consumido. Ya no quedaban troncos ni ramas, sino un gran rescoldo, y el forastero no llevaba pala ni cubo para recoger las ardientes brasas.

»Cuando el pastor se dio cuenta de ello volvió a repetirle: "Llévate todo el que necesites". Y se regocijaba al pensar que aquel hombre no podría llevarse nada. Pero el hombre se inclinó sobre la hoguera y con sus desnudas manos sacó los carbones encendidos de entre las cenizas y los fue colocando en su capa.

Las brasas no quemaron sus manos ni la capa. Y el hombre se las llevó con la misma facilidad que si hubieran sido nueces o manzanas».

Aquí la abuelita fue interrumpida por tercera vez:

—Abuelita, ¿por qué no quemaban al hombre los carbones?

—Ya lo sabrás —contestó la abuelita—. Y prosiguió el cuento:

»Cuando el pastor, que era muy malo y despiadado, vio aquello, empezó a asombrarse.

"¿Qué noche será esta en que los perros no muerden, las ovejas no se asustan, las lanzas no matan y el fuego no quema?", se decía a sí mismo. Y llamando al forastero le preguntó:

"¿Qué noche es esta? ¿Cuál es la razón para que todas las cosas se muestren tan clementes?".

»Y el hombre pobre le contestó: “No puedo decírtelo si tú mismo no lo ves”.

»Luego se dispuso a emprender su camino para encender pronto el fuego que debía calentar a la madre y al hijo. »El pastor se propuso no perder de vista a aquel hombre hasta averiguar lo que todo aquello significaba. Se levantó y le siguió hasta el lugar donde se detuvo el forastero.

»Vio entonces que el hombre no tenía siquiera una choza como habitación, y que su mujer y el niño se hallaban en una cueva de la montaña, cuyas paredes desnudas eran de dura y fría piedra.

Al ver que el pobre e inocente niño podría helarse en aquella gruta, se sintió conmovido, y decidió hacer algo por él, no obstante ser de corazón duro. Del saco que llevaba al hombro sacó una suave piel blanca de cordero y se la entregó al forastero, diciéndole que acostase al niño sobre ella.

Y en el mismo instante en que demostró que él también era capaz de sentir piedad, se abrieron sus ojos y vio lo que antes no había podido ver, y oyó lo que no había sido capaz de oír.

»Vio cómo en torno suyo se agrupaban en un gran círculo pequeños angelitos de alas de plata.

Cada uno de ellos tenía una lira en la mano y todos cantaban, con voz armoniosa y potente, que aquella noche había nacido el Redentor, el que redimiría los pecados del mundo.

Y entonces comprendió por qué aquella noche todas las cosas estaban tan contentas que no querían causar el menor daño.

»Y no solo en torno suyo, sino por todas partes, veía ángeles el pastor: los veía posados en la gruta, en la montaña y volando por la inmensidad de los cielos.

Llegaban en legiones incontables y, al pasar ante la gruta, se detenían y contemplaban al Niño.

»Toda la naturaleza se hallaba entregada a un indefinible júbilo.

Por todas partes resonaban los cánticos de los angelitos juguetones. Todo aquello lo veía y sentía el pastor en medio de las tinieblas y del silencio de la noche, aun cuando poco antes nada había podido percibir. Su corazón se llenó de tal alegría al ver que sus ojos se habían abierto por fin a la verdad, que cayó de rodillas y dio gracias a Dios».

Cuando la abuelita llegó a este punto, se detuvo y suspiró diciendo:

—Y todo aquello que el pastor vio lo podemos ver nosotros también si nos hacemos merecedores de ello, pues los ángeles bajan volando desde los cielos cada noche de Navidad.

Y la abuelita colocó su diestra sobre mi cabeza y me dijo:

—Acuérdate bien de lo que te he contado, pues es tan cierto como que yo te veo a ti y tú me ves a mí. Para ello no se precisan lámparas ni luces, ni sol ni luna, sino ojos limpios para poder contemplar la magnificencia del Señor.

FIN



“La llama sagrada” (Editorial idunn)

Con mucho cariño los invitamos a celebrar el adviento como una fiesta de renacer, de búsqueda y conexión con nuestra luz espiritual interior, y así poder lucirla hacia el exterior a través de la espera, la escucha, el silencio y el asombro, e irradiarlos a través de nuestros gestos y comportamientos.

Aprovechemos este tiempo para acompañar a nuestros niños, mostrándoles que el Adviento puede ser un camino y no un fin en si mismo, que desde la austeridad y con actividades sencillas pero significativas podemos preparar nuestras casas y nuestros corazones y así vivenciar en la Navidad la culminación de la espera con gozo y alegría.

Finalmente les proponemos preparar una corona y cada Domingo de adviento encender una vela; junto a ella podemos leer un versículo de la biblia que nos prepare e ilumine este camino.

- Primer Adviento, Domingo 2 de diciembre:

Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista, Evangelio de San Lucas 1, 5 - 25.

- Segundo Adviento, Domingo 9 de diciembre:

La Anunciación, Evangelio San Lucas 1, 26 - 38.

- Tercer Adviento, Domingo 16 de diciembre:

Visita de María a Isabel, Evangelio de San Lucas 1, 39 - 56.

- Cuarto Adviento, Domingo 23 de diciembre:

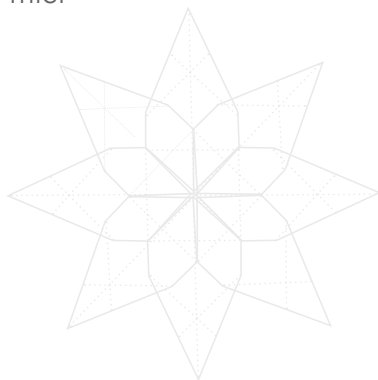
Nacimiento de Juan el Bautista, Evangelio de San Lucas 1, 57 - 80.



Galletas de jengibre:

Ingredientes:

420 g de harina
1 cucharadita de polvos de hornear.
1 cucharadita de jengibre en polvo
1 cucharadita de canela
1/2 cucharadita de clavo de olor
1 naranja, su ralladura
Pizca de sal
1 taza de azúcar
115 g de mantequilla
1/2 taza de miel
2 huevos



Preparación:

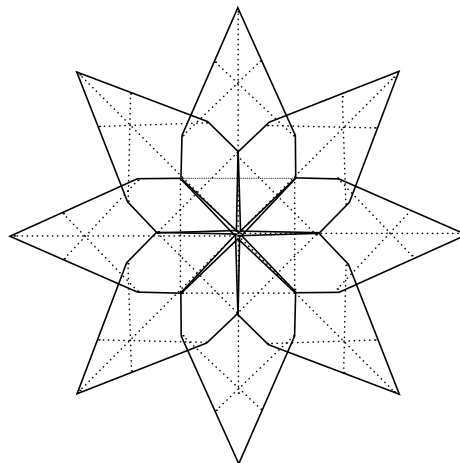
1. En un bol colocar la harina, polvos de hornear, jengibre, canela, clavo de olor, ralladura de naranja y sal. Mezclar y reservar.
2. En otro bol batir con batidora eléctrica el azúcar con la mantequilla hasta que la mezcla esté pálida y cremosa. Añadir la miel, huevos de a uno y seguir batiendo. Agregar la mezcla de harina reservada y batir hasta formar una pasta homogénea. Envolver con papel plástico y refrigerar 1 hora.
3. Sobre una superficie lisa enharinada uslerrear la masa 3 mm de grosor y, con un cortador de galletas, cortar diferentes motivos.
4. En una lata de horno enmantequillada colocar las galletas y hornear a fuego medio 10-15 minutos o hasta dorar. Retirar del horno y dejar enfriar.

Estrella de 8 puntas:

Para adornar nuestra casa recordando la estrella de Belén, les ofrecemos las indicaciones para hacer una bella estrella de ocho puntas.

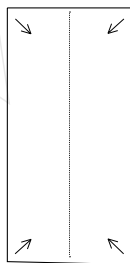
Necesitarán:

1. Papel translucido (seda o volantin)
2. Tijeras
3. Pegamento

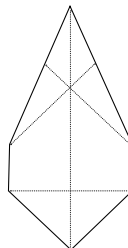
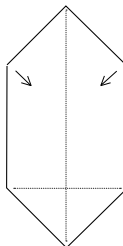


Pasos a seguir :

1. Cortar rectángulos 5 x 15 cm



2. Doblar cada esquina hacia donde indica la flecha.



3. Pegar una figura sobre otra hasta completar la estrella

